

ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA DEL CIELO

Nº 17, AÑO VII, 4 de febrero, 2018

EL HOMBRE JESUCRISTO

Jesús se sometió a nacer del tronco de Adán; aceptó tener, junto a la relación filial para con su Padre eterno, otra relación filial hacia una criatura. “Nació de mujer”, dice san Pablo; y añade: “nacido bajo la ley.” He aquí la aportación específicamente cristiana a la noción de Dios: La humillación de Dios por amor.



Pero ¿por qué? ¿Por qué nos resistimos a admitir un Dios humillado? Negarse uno a aceptar que el tres veces santo se encarne, no es precisamente indicio de poseer una noción muy alta de Dios, sino más bien de estar muy orgullosamente aferrado a las propias ideas. “Pero mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos los vuestros, dice Yahvé” (Is 55,8). En definitiva, al discurrir como discurrimos, lejos de mantener a Dios en su soberana altura, lo que hacemos es rebajarlo indeciblemente: meterlo en el estrechísimo ámbito de nuestras nociones.

Pero ¿No se tratará, sobre todo, de nuestra rebeldía ante el Dios vivo, imprevisible, que irrumpe aquí abajo cuando quiere y como quiere?

La omnipotencia de Dios, en Jesús, se halla misteriosamente encadenada. El Hijo de Dios “se anonadó, tomando la forma de esclavo y haciéndose como los demás hombres”. En Él, humillado y después glorificado, radica nuestra salud y la ruina de los demonios, el designio salvador del Padre y la esencia de nuestra religión.

Porque el cristianismo no es una suma de verdades ni un conjunto de leyes: es Él, simplemente. En consecuencia, la respuesta cristiana del hombre no consistirá en conocer ciertas verdades, ni siquiera en cumplir determinados preceptos, sino en salir al encuentro de Él, entregarse a Él, amarlo con pasión. ¡Amar el Amor! El amor de Cristo, significa un amor dadivoso, una entrega infinita. He aquí el amor cristiano o el amor de Dios manifestado en Cristo, amor que da y prodiga. ¿Qué nos ha dado Dios? “Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único”.

De mil maneras puede exponerse el mensaje cristiano, pero el núcleo y pensamiento capital del mensaje cristiano será siempre idéntico: el engarce de la idea y del suceso en una persona, el “Dios es amor” realizado en la encarnación del Verbo. “El amor de Dios hacia nosotros se ha manifestado en que Dios ha enviado a su Hijo único al mundo”.

Es el Salvador la cifra del amor divino hacia los hombres, y su amor humano no es otra cosa que la forma humana del amor divino. Éste resplandece y se expresa en Cristo y por Cristo. Con sus palabras fue mostrándonos Jesús lo que es el amor de Dios. Pero son sus obras, principalmente, las que publican a los cuatro vientos el inmenso amor de Dios. Sus obras, resumidas en su obra: su encarnación redentora. El amor de Dios que supone la encarnación se hace visible siempre que el Verbo encarnado cura a un paralítico o perdona a un pecador.

La encarnación es la prueba máxima del poder divino. “¿Qué otra cosa hay, en efecto, mayor que el que todo un Dios se haga hombre?” Pero es sobre todo, la más amplia muestra de su amor. Amor que decretó la encarnación; amor de inmovible firmeza, que supo sobrevivir a aquella respuesta que los hombres dieron a semejante prueba de amor. “Hombres fueron – escribe Santo Tomás – los que dieron muerte a Cristo, que sufrió la muerte; mas, como fue mayor el amor de Cristo paciente que la iniquidad de quienes le dieron muerte, la pasión de Cristo tuvo más poder para reconciliar con Dios todo el género humano que para provocarle a ira”.

Para quien ha conocido a Jesús, Dios es como es Cristo. Cristo es Dios mostrándose visiblemente y dejándose tocar. Jamás las pasiones alteraron el uso de su razón, ni previnieron su juicio, ni le condujeron a objetivos no santos. Mas tampoco es suficiente, para pintar un retrato de Jesús, referirnos a la más extrema pureza de las nociones de psicología. Él desborda toda posible psicología. Porque en Jesús, Cristo, no hay actos puramente humanos; los hay puramente divinos y los hay humano-divinos. Todos ellos son realizados por la persona del Verbo. Jesús es un Dios humillado por amor.

Se dan aquí abajo, en las almas, momentos de especial madurez. ¿Cuándo llega uno en la tierra a ser verdaderamente hombre? En verdad esto no ocurre a la hora en que uno triunfa y domina. Mas tampoco cuando uno al fin fracasa, e interiormente se desprecia. La madurez llega aquel día en que el hombre se encuentra de verdad frente al Hijo del hombre, y lo cree Cabeza, Primogénito y Redentor, y así mismo se reconoce miembro, hermano y redimido, y con muy humilde admiración, acaba enterándose de lo maravilloso que es eso de ser hombre.

Texto tomado del libro “CRISTO VIVO” de José M^a Cabodevilla.